

clima en el qual aquest home es desenvolupà, l'existència del fet que va resultar positivament decisiu perquè es produïssin els seu èxits financers que tant enrobustiren la seva personalitat: la pervivència del proteccionisme en uns anys determinats. Sense el proteccionisme, Macià Vila hauria estat, segurament, com a persona, igualment admirable; però li hauria mancat, per a destacar-se, la base econòmica que el féu passar de ser un liberal estricte a ser un liberal poderós. Aquest fet no treu cap mèrit a l'home, però ha de cridar poderosament la nostra atenció de reusencs per a fer-nos veure que, en qualsevol època, el poder de les circumstàncies té una potència molt superior al de les voluntats.

Pere Benavent de Barberà ha escrit la biografia de Macià Vila amb notable eficàcia narrativa i ha sabut donar tot el valor exigible a la notícia

ambiental, cosa de capital importància. Potser hauriem preferit un llenguatge més directe, d'una simulada objectivitat, suggerint al lector el judici en lloc de donar-lo fet, i també que l'amor amb què està escrita la biografia no quedés mai tenyit pel blavet familiar, massa anecdòtic. Però hem de dir que aquestes objeccions interessin a aspectes ben secundaris. El fet és que l'autor ha reeixit a donar-nos una bona biografia d'un reusenc rellevant del segle XIXè, i ha aportat una peça de positiu interès per a l'estudi de la nostra centúria anterior.

XAVIER AMOROS

(1) Volum n.º 36, edicions «Rosa de Reus», Associació d'Estudis Reusencs.

## ¿POR QUE NO COPIAR?

Cuando éramos chicos, al que copiaba a los demás le llamábamos *copiamonas*, que no es un término muy feliz, porque debería decirse *mona copiapersonas*. Lo digo a propósito de que desde pequeño se nos ha educado en la idea de que copiar es poco serio. Y desde siempre hemos arrastrado un complejo contra la imitación.

Este criterio cuadra muy bien con el temperamento español, quizás sea porque lo de copiar nunca ha sido muy varonil, o porque en el ambiente cultural y artístico, que es lo nuestro, el plagio está muy mal visto, mientras que en la vida comercial y económica es una característica muy corriente. En efecto, basta que surja un slogan publicitario original, para que al poco tiempo el competidor lo imite descaradamente. Y por lo mismo basta que se establezca en una calle un nuevo establecimiento de electrodomésticos o un bar, para que al poco tiempo se monte enfrente el contrincante. Quizás se deba a que el capital es timorato y solamente se decide a declararse, cuando le consta que hay pretendientes firmes a la mano de doña Leonor.

Por lo contrario, en la esfera intelectual y artística hay un prurito establecido de originalidad y de autenticidad. En América parece que no lo hay tanto por la propia influencia del factor económico. En efecto, existen allí numerosas revistas literarias y científicas que no producen absolutamente nada nuevo, y se basan simplemente en unas buenas tijeras y un buen criterio de selección. El magnífico resultado de esta técnica de

reproducción nadie lo puede poner en duda. En cambio aquí, incluso en las revistas científicas, sigue existiendo el complejo de que las citas abundantes y las referencias a otros trabajos, es una confesión de esterilidad mental. Lo que sin duda es completamente falso, ya que dado el avance de las ideas el pretender vivir exclusivamente con las propias, es volver al cantonalismo ideológico. El comerciante no debe expresarse el seso inventando un envase original y artístico. Le será mucho más fácil buscar algo parecido fuera de su provincia o de su país e imitarlo.

El abogado no debe pretender que sus escritos pasen a la posteridad, hará muy bien en cojer unos buenos formularios, y sobre ellos hacer la necesaria aportación personal. Lo mismo se diga de los laboratorios y de los procedimientos industriales, etc., etc.

Pero quizás en ningún otro campo como en el artístico el plagio está tan mal visto, y su omisión da motivos a tantos fracasos. Para saber qué dibujo o qué tipo de tejido se lleva durante la temporada es suficiente observar lo que llevan las personas elegantes. Y lo mismo se dijo de la decoración. Mucho más en arquitectura, donde continúan naciendo a la luz tantos monstruos que sobre el diseño parecían bonitos.

¿Qué necesidad hay de diseñar un nuevo chalet, si con los miles que hay en la Costa Azul o en la Riviera o en Suiza, se pueden escoger algunos inmejorables?

¿Por qué tenemos todos la manía de querer inventar, si ya está todo prácticamente inventado y se necesita tantísimo talento para ser inventor?

La organización del trabajo es la organización de la imitación. Lo cual es muy prudente, existiendo tantas ideas buenas ya consagradas. La realidad es que los españoles, empezando por mí, escribimos sin fichero ni organización, basándonos simplemente en lo que se nos ocurre sobre la marcha. Esto está bien para artículos periodísticos, pero no para los artículos más importantes, como son los comerciales. No hay posibilidad de abastecerse únicamente de las propias ideas. En todo trabajo, como antes decíamos, hay que aplicar las ideas propias a moldes o modelos ya consagrados. Pero el trabajo de estudiarlos e imitarlos es absolutamente inevitable. Copiar no es malo. En la vida económica comercial, industrial y hasta profesional, es absolutamente imprescindible.

PETIOT

## RETROSPECTIVAS

# La hipocresía

### I I

Creemos haber bosquejado en nuestro primer artículo, si bien muy ligeramente, algunos de los infinitos males de que es causa la hipocresía con relación al trato social y en el seno de la familia, e intentamos demostrar la animadversión con que debemos mirar aquel feo vicio, con referencia a la religión y a la política.

No desconocemos la importancia y trascendencia del delicado asunto que por tema hoy adoptamos, así como tampoco nuestra propia insuficiencia y falta de erudición para poder exponer, con el tino que se merecen, los argumentos propios tan solo de más elevadas inteligencias. Vamos a combatir la hipocresía sin aspiraciones de explanar para ello ideas abstractas y filosóficas, y sí solo con la sencillez de la convicción, movidos únicamente por el noble afán de poder cooperar con nuestras débiles fuerzas al logro del bienestar de nuestros semejantes. Si a esto se añade que la índole de nuestro semanario no nos da derecho a seguir por determinadas sendas en el ilimitado campo de la discusión, se vendrá en conocimiento de la dificultad de explanar con acierto lo que nos proponemos en el presente artículo.

Si en el orden civil entre el mutuo trato, o en el amor, la amistad y el cariño paterno y filial, la hipocresía es un delito intolerable porque es un sarcasmo lanzado a la faz de la sociedad, un

vicio que embrutece al hombre y rebaja notablemente su dignidad, y, en resumen, el germen de innumerables males, ¿qué no será en la religión donde todo es puro, todo sublime, en donde todo respira el aroma de la verdad que revela el espíritu de Dios? ¿Con qué adjetivo calificarse debe al hombre que, con impuros labios y traidora intención, evoca el sagrado nombre de la religión para que a favor de la natural impresión que ella ejerce en la generalidad de los ánimos, pueda hacer más asequible el logro de sus malévolos fines, intentando de este modo hacer cómplice al mismo Dios de su criminal conducta?

¿Qué podredumbre no abrigará en su corazón el hombre que rompiendo abiertamente con uno de los más sagrados preceptos de la religión, ose aún ajar la brillantez de su idea, tomándola por escabel para encubrir el feo aspecto del más culpable de los vicios humanos?

Si alguna vez, entre las infinitas vicisitudes a que está expuesto el hombre en su peregrinación por la tierra, habéis sido víctimas de un hipócrita que tras el velo de ostensibles costumbres religiosas dignas de todo ejemplo, os ha inspirado la mayor confianza y hasta veneración, y en un momento dado os ha hecho sentir el envenenado escorzo de sus malévolas intenciones, ¿no conceptuasteis, por vuestros propios agravios, los inmensos males que acarrear a la sociedad esos hipócritas que no titubean en añadir al crimen un sacrilegio?

Los que sentís iluminada vuestra mente por un rayo de sacra luz desprendida del pensamiento divino, si saturáis vuestro corazón con el rocío celeste y eleváis vuestra alma en alas de una sincera fe hasta el trono del Eterno; si abierto vuestro sentimiento al contemplamiento de lo bello admiráis las sublimidades de la creación; si los encantos de la naturaleza impresionan vuestro espíritu y le hacen vislumbrar, al través de sus incomprensibles arcanos, la existencia de un Dios, ¿no juzgáis altamente culpable y digno de eterno oprobio al hombre que asocia el sacro nombre de Dios a sus infames designios y arrastra la pureza de su nombre por entre el lodazal del crimen?

¡La misma religión, cuántos males tiene que deplorar, cuánto rebajarían —si esto fuera posible— el prestigio de su santidad, los apóstatas que incesantemente la invocan con vanas palabras para escarnecerla en sus pensamientos y desacreditarla en sus acciones...!

Un corazón frío, cerrado a todo sentimiento religioso, un alma sumida en las tristísimas tinieblas de la incredulidad, un ateo, es, a los ojos de Dios y de los hombres, hasta cierto punto disculpable;